

Entre escaleras

Cuando no estaba en cirugía, el doctor Ibáñez se movía con celeridad. Siempre agobiado por una agenda demasiado apretada y con el inconveniente de intercalar el trabajo entre la tercera y la cuarta planta. Al menos, aprovechaba estas idas y venidas para coger las escaleras, era la única forma de acercarse al objetivo de los diez mil pasos diarios. Con el ascensor ganaría unos valiosos minutos, incluso haría que cesaran las burlas a sus espaldas por ser el rarito de las escaleras, pero la verdad es que nunca le gustó aquel ataúd gigante en el que había que apilonarse como en una fosa común. Además, merecía la pena con tal de no verse forzado a intercambiar sonrisas incómodas y conversaciones efímeras y vacías. No, las escaleras eran mejor opción.

El día que la conoció iba con especial prisa, una operación le había consumido toda la mañana. La bata blanca ondeaba al ritmo de sus largos pasos, subiendo los escalones de dos en dos. Como siempre, las gafas redondas apuntaban hacia sus pies, evitando deliberadamente el contacto ajeno.

Miró su *smartwatch*. Mil veintidós pasos. A este paso hoy no llegaría ni a cuatro mil. Su lamento le hizo cerrar los ojos el tiempo suficiente para chocarse con la pequeña masa cárnica que estaba en su camino.

Sobre el descansillo entre escaleras se esparcieron los objetos como si de un mercadillo se tratase. Gasas, jeringuillas, inyectables y comprimidos. Se agachó mientras se disculpaba y con la velocidad de un rayo fue recogiendo antes de que fueran pisados por la estampida de zapatos o peor aún, que de una patada precipitaran al abismo del ojo de escalera.

La primera norma no escrita que aprendían los interinos era que todo el mundo tiene sus problemas. Si tratas de resolver los del prójimo, no podrás atender los tuyos. Por eso no se extrañó de que nadie se detuviera. Él mismo no lo hubiera hecho si no fuera el causante directo.

Cuando alzó la mirada casi volvió a abrir el mercadillo con todo lo que había acumulado en el regazo, y no fue para menos, no estaba acostumbrado a un contacto directo a los ojos y menos a unos como aquellos. Su color verde se vio especialmente acentuado por la potente luz del medio día que se colaba por los ventanales.

—Gracias, es usted muy amable —dijo con voz sencilla y agradable.

Una vez se levantaron, Ibáñez sintió su calidez con el ligero roce al intercambiarse los objetivos. Inspiró el aroma femenino que dejó su pelo, largo y lacio, al pasar. «¿Perfume o su propio olor?» Se preguntó.

—Gracias de nuevo —dijo girándose sin pararse, mostrando una dentadura brillante y perfecta— Por cierto, me llamo Sara.

Desapareció antes de que pudiera decir algo. Un leve empujón ajeno le sacó de su ensimismamiento. ¡Patatas! Llegaba tarde.

—Hoy no dejaré que me tires las cosas.

Ibáñez se la volvió a encontrar al alzar la mirada. Estaban en el mismo descansillo y ella vestía la misma sonrisa de hacía dos días. Sus ojos combinaban a la perfección con el uniforme verde de enfermera. Llevaba una bandeja pegada al cuerpo, justo donde le acababa el pecho, acentuándolo aún más. Notó calor en las mejillas, tragó saliva y lo único que pudo articular fueron dos inútiles monosílabos.

—No... yo...

—Quizás otro día... si vuelves a pillarme distraída —dijo juguetona antes de seguir escaleras arriba.

Conforme pasaban las semanas los encuentros fueron haciéndose menos efímeros. A veces eran dos frases y otras hablaban hasta que el pitido estridente del busca les obligaba a separarse. Sea como fuere, el tiempo con Sara siempre se le antojaba corto.

Nunca había tenido demasiada suerte con las mujeres, tampoco sabía lo que era enamorarse, ni si era eso lo que empezaba a sentir. La única certeza era que, al llegar a las escaleras, contrario a sus principios, alzaba la mirada y ralentizaba el paso para conferir más tiempo a que los ojos saltaran de un transeúnte a otro, deseando encontrarla. Los días que lo hacía, el corazón le daba un leve pinchazo antes de acelerarse conforme se aproximaban.

No entendía como se había fijado en él. La única respuesta era que había sido el caprichoso destino al hacerlos chocar y no satisfecho con ello, los hacía coincidir una y otra vez en ese mismo lugar. Aquel respiro entre escaleras se convirtió en el testigo de sus encuentros. Sus grandes ventanas iluminaban de manera especial el día del Dr. Ibáñez al resaltar aún más la belleza de Sara, pero no solo era una cara bonita, también era coqueta, graciosa y risueña. Sin duda, lo que más le gustaba era que siempre le sacaba las palabras, como si siempre supiera qué decir en cada momento.

Mientras le observaba acercarse, Sara se sentó en el alfeizar y entrelazó los dedos, aparentando esa falsa inocencia que volvía locos a los hombres. Ya era costumbre que quien llegara antes se parara junto al ventanal de la esquina, como un barco en un puerto seguro, alejado de la corriente salvaje de personas.

Por ahora el plan iba según lo previsto. Lo estuvo tejiendo y perfeccionando durante semanas. La parte más delicada fue hacer que cayera en su tela de araña. Conocía a los hombres como Ibáñez, tímidos y asustadizos como una mosquita desconfiada. Lo hubiera espantado de haberlo abordado directamente, por eso necesitó un acercamiento programado y que a la vez pareciera casual. Una vez estudio sus rutinas supo que éste debía de ser en este rellano. Para acelerarlo, en los ratos libres subía y bajaba las escaleras, aun así, y tras mucha paciencia, no coincidieron hasta que pasó casi una semana.

El resto fue fácil. Él aún no lo sabía, pero ya estaba atrapado en su red, lo delataba su pequeño tartamudeo o cómo el cuerpo se le estremecía cuando ella le tocaba ante cualquier excusa. Se moría por poseerla, lo sabía, y esa era la siguiente parte del plan. Una cena casual para culminar la faena en su piso de alquiler. No podía postponerlo más, se le acababa el tiempo. El contrato le terminaría en catorce días y dudaba que volvieran a abrir otra bolsa extraordinaria en mucho tiempo.

Se decía que Ibáñez no estaba tan mal. No tenía facciones griegas ni un cuerpo forjado en el gimnasio, pero ganaría sin las gafas y por su personalidad pasiva sabía que podría manejarlo como quisiera. Intentaría hacer algo con esa manía de sorberse la nariz, ¿Qué era? ¿Un niño de ocho años? La sacaba de quicio.

A veces era un poco más mala y se reía por dentro pensando que el pobre seguramente seguiría siendo virgen. Aún vivía con la madre, no bebía ni fumaba, ni salía con amigos. Esa vida ermitaña junto con el jugoso sueldo de cirujano le habría hecho ahorrar una barbaridad, y eso era lo que más la interesaba.

Otro motivo por el que no podía demorar mucho más el encuentro era porque pronto se le empezaría a hinchar el vientre, estaba ya de ocho semanas. Tenía que terminar el plan maestro, acostarse con él y hacerle creer que la había dejado embarazada.

Ibáñez era un clásico, por lo que ella ya se había imaginado lo que vendría cuando creyera que era el padre: La boda, una buena casa con jardín (a poder ser lo más alejada de la futura suegra) y una vida tranquila hasta que él llegara por la noche. Tendría a una chica de la limpieza mientras ella se entregaba por completo a cumplir su mayor deseo: ser madre. El resto lo iría improvisando, si, por ejemplo, era tan malo en la cama como aparentaba, se buscaría un buen amante.

—Estoy enfadada contigo.

—¿Por qué? —Las cejas se elevaron por encima de las gafas, mostrando preocupación.

—Hombre, después de tanto tiempo no has hecho ni el amago de invitarme a una cena —Le sobrepasó dándose un golpe seco en el pelo—. Si no intereso me lo dices y punto.

—No... no eso... ¡Espera!... —Se frotó las manos por mantenerlas ocupadas— ¿Puedes esta noche?

Ella le daba la espalda, por lo que no podía ver su triunfante sonrisa. «Vamos a por la última parte del plan». Se giró y contestó:

—Vale, pero si me prometes que habrá vino de por medio.